

*PUBLICACIONES DEL
COLEGIO NOVECENTISTA*



CUADERNO 9.º

DICIEMBRE DE 1919



DIRECTOR:

SANTIAGO E. BIGGI



Colaboraciones de: El Colegio Novecentista.

- Delfina Bunge de Galvez. — Jorge M. Rohde.
- Ralph Adams Cram. — Alejandro Korn.
- Héctor Ripa Alberdi. — B. Ventura Pessolano. — Adolfo Korn Villatañe. — Juan Probst.

COLEGIO NOVECENTISTA

BUENOS AIRES

Miembros: A. M. Romariz Elizalde, Presidente; Luis Magnani, Santiago F. Biggi, Juan Probst, Jorge M. Rohde, Alvaro Mellan Lafinur, B. Ventura Pessolano, Tomás D. Casares, Leopoldo G. Castiella, Carlos C. Malagarrija, Juan Rómulo Fernández.

La Comisión redactora de los cuadernos del Colegio Novecentista, no se hace solidaria con las ideas vertidas por sus colaboradores en los mismos.

Corresponsal en Quilmes. Dr. Adolfo Bazan

CUADERNOS DEL COLEGIO NOVECENTISTA

Los «Cuadernos» contendrán como mínimo una cantidad de material de lectura de 64 páginas y serán publicados bimestralmente. Su precio es de

\$ 1.00 m/n el ejemplar

El Colegio edita, también bimestralmente, obras de autores argentinos o extranjeros; han aparecido:

LA OTRA ARCADIA (versos), de Teófilo de Sals

IMPRESIONES, de Alberto Britos Muñoz

EL IRREDIMIDO (novela), de Adolfo Korn Villafane

CANTOS, de Jorge M. Rohde

LA RELIGION Y EL ESTADO, de Tomás D. Casares

Precio: \$ m/n 1.00 el ejemplar

Las publicaciones están en venta en las principales librerías de esta Capital.

Toda correspondencia será dirigida a nombre del Presidente del Colegio Novecentista, o del Director de Publicaciones, *RIVADAVIA 1731 Capital Federal*.

Año III

Vol. III

Colegio Novecentista

CUADERNO 9.º

Buenos Aires

Diciembre 1919

EL COLEGIO NOVECENTISTA Y EL CONFLICTO UNIVERSITARIO DE LA PLATA

Plantado el conflicto universitario de La Plata alrededor de una cuestión interna en la Facultad de Agronomía y Veterinaria, no tenía el Colegio Novecentista motivo alguno para terciar en él. Y si hoy lo hace, es únicamente porque se ha usado y abusado del término "novecentismo" en la encarnizada lucha de tirios y troyanos ya como bandera de combate, ya de vituperio, y deseamos, por eso, dejar establecida claramente nuestra posición.

Pues bien, esta posición no puede ser otra que la de una absoluta prescindencia. El Colegio que lucha por una "Weltanschauung", que preconiza el idealismo como posición filosófica, — y recomendamos a ciertos jóvenes que busquen la palabra en un diccionario filosófico para enterarse de que "idealismo" en filosofía no significa, ciertamente, lo mismo que en lenguaje vulgar — y que se empeña en apresurar la reacción de nuestro ambiente intelectual contra la esclavitud positivista que lo achata y malogra, no puede comprometer su orgu-

llosa enseña en una lucha planteada alrededor de corruptelas administrativas y conducida por ambas partes con un encarnizamiento, digno de mejor causa y explicable solamente por lo que encubre de miserias y ambiciones personales ocultas, ya que en ningún momento se ha sabido dar al conflicto, ni de una ni de otra parte, un contenido ideológico más elevado. ¡Y así las armas, usadas por ambos contendientes, han estado a la altura del objeto del pleito! Pues las ideas se combaten con ideas, y no con garrotazos literarios o materiales.

Lo que hace falta en La Plata es un cambio de rumbo en la orientación de la universidad, pero éste no se ha de conseguir reemplazando solamente el timonel, sino preparando tenazmente el ambiente para la renovación, tanto entre los profesores, como entre los estudiantes y la opinión pública del país entero. La crisis de La Plata no es tanto una crisis de hombres, cuanto una crisis de un sistema. Lo que se derrumba allí es la universidad profesional, es la enseñanza del "Cómo", en vez del "Porqué", que significa abdicar de nuestra dignidad humana, ya que es precisamente su incesante afán por el "Porqué" lo que hace hombre al hombre, es, en fin, la fábrica de diplomas y títulos que atrae la falange estudiantil no por la calidad de su enseñanza, sino por la facilidad y rapidez en graduarlos.

El año pasado asistimos a la caída de "la universidad escolástica" en Córdoba, esta vez le toca el turno a la "positivista" en La Plata. ¡Ojalá, que surja de ahí la "universidad del novecientos", la verdadera "alma mater", donde el amor a la ciencia y a las letras sea un fin, no un medio, y donde se enseñe otra vez a estimar una cosa por lo que es en sí, y no solamente por lo que puede ser útil.

Colegio Novecentista

DIVAGACIONES ACERCA DE LA IDEA DE DIOS

EL ATEISMO

El hombre puede separar, descomponer, pero no puede destruir. Le es negado el poder de destruir en absoluto ni un invisible corpúsculo, como le es negado el de crear.

Moralmente es lo mismo: un hombre puede engeuercerse mucho, pero le es imposible llegar a no percibir absolutamente *nada* de las verdades divinas. Por ateo que quiera ser, le es imposible serlo del todo.

El *ateísmo absoluto* es una imposibilidad humana.

LA INCREDLIDAD.

¿Qué es la incredulidad? ¿Existe en el entendimiento el estado de *incredulidad absoluta*? ¿Tiene sentido esa palabra?

La mayor amplitud que puedo darle, es esta: la de *creer que no sabemos absolutamente nada*.

Pero he aquí que, para definir la más extrema incredulidad, he tenido que emplear la palabra *creer*. Y es porque esa incredulidad encierra en sí dos actos de fe: Primero, el de nuestra propia ignorancia. Segundo, el de la existencia de *algo* que no co-

necemos, puesto que toda ignorancia implica un objeto ignorado.

¿No sabemos nada? Luégo hay *algo* que no sabemos. Y el creer que hay algo que no conocemos puede significar todo un sistema.

En lo que respecta a lo misterioso, a lo invisible, la única incredulidad permitida a la inteligencia humana es la *duda*, es decir una incredulidad relativa. La negación absoluta le está vedada; puesto que toda negación absoluta se destruye a sí misma, conteniendo en sí su propia negación. Si *no sabemos nada*, no podemos tampoco saber que no sabemos nada.

Sólo la afirmación puede ser absoluta. Sólo ella tiene ese privilegio que es el de la Divinidad. ¿Pues qué otra cosa puede ser la *Afirmación Absoluta*, ni qué otra traducción tiene esa palabra que la palabra *Dios*?

Y San Pablo lo dijo: "Cristo es una afirmación".

SENTIR A DIOS

"Siento que hay un dios", dice La Bruyère, "y jamás siento lo contrario; esto me basta para deducir que Dios existe".

Sentir que no hay Dios es del todo imposible. Pues del hecho mismo de sentir su ausencia, se deduciría la existencia, en alguna parte, del ser ausente.

No se puede, pues, sentir que no hay Dios, pero sí *puédese no sentir a Dios*.

Para el que siente a Dios, todos los argumentos en contra de su fe son vanos. Y para el que no lo siente, vanos son los argumentos que quieran mos-

trarle a Dios. Sin embargo, para el que cree, nada significa que haya quienes no sientan a Dios, mientras que para el que no cree ni siente, no pueden carecer de valor los argumentos basados en el sentimiento *positivo* de los otros.

Podemos no sentir a Dios con una tranquilidad completa, como si nada nos importara su existencia. Pero esto, lejos de ser un sentimiento, es siempre una *falta de sentimiento*.

El sentir a Dios es un sentimiento de luz que invade la inteligencia y el corazón y satisface por completo a quienes lo experimentan. Mas el no sentirlo es sin acompañamiento de luz, y con un sentimiento de atrofia de aquellas facultades del espíritu que no pueden ejercitarse ni desarrollarse sino en el conocimiento de Dios, o en sus relaciones para con Dios.

Cuando después de haber sido creyentes nos encontramos ateos, nos sentimos *disminuidos*. Y para el alma sincera, el pasar por distintas alternativas no traerá sino el convencimiento de la superioridad del estado de fe sobre el estado de ateísmo.

El ateísmo es una disminución del ser.

Crear es tener conciencia de Dios y de sí mismo.

No creer es no tener conciencia ni de Dios ni de sí mismo.

LA DUDA FILOSOFICA

Los filósofos que quieren mostrarse sólo espectadores de todas las creencias para no ser *la dupe* de ninguna, suelen ser *la dupe* de sí mismos. Ellos se contentan con comprenderlo todo; y creen así no creer nada. Pero *comprender* ¿no es un poco *crear*?

En el momento en que comprendemos una cosa y no la encontramos absurda, la estamos ya creyendo un poco, aunque no nos demos cuenta de ello.

Mientras tenemos el entendimiento sano *creemos*, estamos siempre creyendo algo. ¿Es acaso posible escapar a esta función de creer que es como la respiración de la inteligencia?

En los Santos esa función se ejerce ampliamente, con franqueza, con decisión. Tener una creencia determinada es simplemente *tener conciencia de lo que se cree*.

Los que no quieren aceptar ningún credo por el temor de encadenarse en algún error, no se libran por eso de creencias... ni de errores.

Mientras piensen les será imposible sustraerse al acto de creer. Sólo que ellos creen de un modo inconsciente, variable; cada minuto les trae una nueva creencia, probablemente un nuevo error.

En materia religiosa, como en toda otra materia, la incredulidad no es sino *un modo discontinuo de creer*.

EL DESCUBRIMIENTO DE DIOS

"Las gentes piensan que sufren del hambre, de la sed, de la pobreza; en realidad padecen de pensar que *El* tal vez no exista. Es el único sufrimiento universal... Y tanta fuerza sobrehumana se necesita para decir que *no es* como para decir que *es*." (Habla así el filósofo Jamblico en "La muerte de los dioses", por Dimitri Merejkowsky.)

La fe es un don sobrehumano, es cierto, pero Dios ha prometido revelarse a los pequeños, y sólo exige de nosotros, para darnos su ciencia, un poco

de humildad: el hacernos semejantes a los niños... Y por poco verdaderos que seamos, por poco que busquemos *nuestra* verdad, seremos en realidad como niños. ¿Podemos, acaso, penetrar en nosotros mismos sin sentirnos como pobres niños que preguntan: "¿dónde está el camino?"

Preguntémoslo con humildad; resignese el orgullo filosófico a que Dios no sea *un descubrimiento* nuestro, a que exista independiente de toda nuestra filosofía, y a pesar de ella, y aún contra ella si llega el caso. Resignese ese orgullo a que sea Dios tan absoluto, que no puedan *cambiarlo* en lo más mínimo todas las consideraciones humanas.

Seamos humildes hasta perdonar a Dios que no nos haya consultado para ser lo que es, y el que existiera mucho antes que nosotros descubriéramos la necesidad de su existencia. ¡Y perdonémosle también el que no haya aclarado a nuestros ojos todo el Enigma!

¡Ah! cuántos de los pensadores que no creen en El le adorarían con entusiasmo, y pregonarían su Nombre, si se les hubiera siquiera permitido la gloria de descubrirlo o de inventarlo! Pero ¡nacer en el siglo veinte para admitir las creencias de los tiempos en que no se sabía aún si la tierra era redonda; tener una inteligencia superior o nueva, capaz de los más extraordinarios descubrimientos científicos, para creer lo que el vulgo cree!

Indudablemente que adorar a ese Dios "legado por nuestros padres" es un acto de sumisión difícil al orgullo del espíritu.

Pero he aquí que aún en este deseo de nuestra inteligencia — deseo de investigación y de lo nuevo

—ha querido Dios complacernos, como que El mismo, y justamente para que le busquemos, fué quien puso tal deseo en nosotros. Así, desde su Eternidad, y a pesar de haber hablado a la humanidad en todos los tiempos, no nos niega ese placer de *descubrirle*, a solas y directamente en nuestro corazón. Más aún: se esconde, quizá con ese solo fin: quiere que le busquemos y que le descubramos.

¡Cuántos y cuántos de entre los hombres tuvieron en su vida esas horas inolvidables en que descubrieron a su Dios! ¡O más bien dicho, en que Dios se descubría a ellos!

Esto se efectuaba en sus almas con tanta alegría de novedad, con tanto deslumbramiento, como si antes nadie, nunca, les hubiese hablado de Dios.

Y no termina aquí el placer de descubrir. Esa primera noticia de Dios, "Hermosura siempre antigua y siempre nueva", no es sino la entrada en un campo donde cada paso que se dé, debe ser un nuevo descubrimiento de alguna hermosura mayor. De ello dan testimonio los místicos que en tal campo se internaron...

Habla de nuevo Jámblico, el filósofo: "El alma humana es la naturaleza que se ha restregado los ojos y que, despierta, al fin, se dispone a ver a Dios, no ya en un medio sopor, sino realmente, cara a cara". O, como dicen las Sagradas Escrituras, el hombre es el barro sobre el cual sopló el Señor, para que, despertando, le conociera, le amara y le sirviera. Porque la naturaleza por sí misma, por más que se restregara los ojos, no podría tener idea de Dios si Dios no se la diera.

EL VERBO CREER

Hay momentos para algunas almas en que, sintiendo la necesidad de *creer*, no sienten, sin embargo, la necesidad de definir su credo.

Sienten en sí, como si el creer fuera un acto simple. Y comprenden que la fe es una virtud, y el descreimiento, o el escepticismo, un mal que puede existir en las almas, aun en la ignorancia de toda religión.

Es como si dijeran: "Creo, aunque no sé lo que creo. Siento latente en mí la virtud de la fe y esto me basta. Creo de tal modo en la *verdad*, aún sin conocerla, que esto constituye ya en mí una fuerza y una fe".

En realidad el verbo *creer* casi no necesita complemento. Es en cierto modo como el verbo *vivir* o *morir*. Vivo, muero; creo, no creo; y no hay necesidad de preguntar ¿qué?

Creer en algo es creer en Dios.

Creer en algo es creer que hay algo fijo y seguro en el universo, que hay algo *cierto*. Y esto es creer en Dios. Creer en Dios es ser espíritu, ser espíritu es no poder morir. No poder morir es existir, es *ser* en el verdadero sentido de la palabra; y la plenitud del ser, la felicidad y el amor son una misma cosa.

Vivo, creo, amo. ¿Hay necesidad de preguntar más?

EL VERBO

"En el principio era el Verbo, y por El fueron hechas todas las cosas..."

¿En qué o cómo piensan los que no creen en Dios o en el Cristo? Sin El, por más geología y astronomía que haya, ¿dónde está el Infinito que los contiene, donde la Lógica que *lo une todo*, donde la Música que diga la armonía de las cosas, dónde el Verbo? Sí, ¿dónde está para ellos la *Palabra* que todo lo expresa?

Porque si en Dios estaba el Verbo-Creador y en El, en Cristo, el Verbo-creación, ¿en quién podría estar si no es en El, el Verbo-expresión, el Verbo-explicación de todo lo creado?

El Verbo es eterno, el Verbo estaba en Dios, y el Verbo creó, y el Verbo se encarnó, y el Verbo se hizo oír de los hombres... Creó, y luego, sin tener que cambiar una sola sílaba, el Verbo fué *explicación* de todas las cosas, y la Razón de todas: la Razón expresada y la Razón aún inexpressada ante los hombres.

LA INVESTIGACION

Lo que mayormente me sorprende en algunos que a sí mismo se llaman sinceros investigadores de la verdad, es su *credulidad*: la facilidad con que admiten todas las hipótesis.

Pero entendamos bien: todas las hipótesis *menos una*; la de nuestra Religión cristiana, la de la Revelación.

He aquí una contradicción, que sería inexplicable sin la existencia de Satanás. Ellos, que se jactan de tener el espíritu abierto a todas las posibilidades, ¿por qué rechazan *la posibilidad* cristiana?

¿No se diría que son víctimas de una *imposibilidad moral* y misteriosa? ¿Y que, aún a su pesar, obedecen a una fuerza que les *prohíbe* poner al nivel de ninguna de las hipótesis científicas o filosóficas, la Religión divina?

Y todo esto sin que ellos mismos se tomen la pena de preguntarse *de donde* les viene tal impedimento, ni cuál es la Autoridad tan imperiosa a que obedecen, cuando *no pueden* analizar con igual sangre fría, con igual imparcialidad, las verdades propuestas por la Religión, como las propuestas por cualquiera otro orden de los conocimientos humanos.

Ellos aceptan hipótesis mucho más arriesgadas, menos comprobadas que las que puede contener la Religión revelada. Tienen por sistema *no negar nada*, quieren para todo "la duda científica", pero con tal que se exceptúe la idea del Dios personal y cristiano, la de la Redención.

Dicen no estar seguros de nada, pero se arman de una seguridad extraña para negar lo que fué y es la verdad y la felicidad de millares de almas, las mejores que existieron en el mundo.

Flaunmarion, observando el movimiento de las mesas y otros diversos "hechos" en las sesiones espiritistas, admite, para explicarnos, todas las suposiciones, hasta la de la existencia de seres inteligentes, invisibles, poblando la atmósfera, aunque probablemente *inferiores* a los hombres — y que no

son, por supuesto, ni ángeles ni demonios. — Pero ante el hecho de que un creyente ha obtenido, contra todas las aparentes probabilidades, lo que pidió en sus oraciones, no admite, de ninguna manera, la hipótesis de un Ser *superior* que le escuche. Se burla del "fiel" que cree ser escuchado, y por otra parte se indigna contra los que se ríen de la posibilidad de sus seres inferiores, de sus espíritus desencarnados, haciendo hablar a la mesita.

Otros imaginarán todo un sistema basado en la noticia de un indefinible hueso fósil, encontrado en regiones remotas, pero desdeñarán como fábula, y sin previo examen, el relato de los cuerpos de los Santos desenterrados siglos después de ocurrida su muerte (1), tan frescos como si acabaran de morir.

VER A DIOS

Hay paisajes que son revelaciones para el alma. Este misterio de la Belleza descendiendo a la tierra y encarnándose en ella, nos revela algo del Misterio de la Encarnación del Verbo en la naturaleza humana.

El sol declina; las sierras se vuelven transparente, y a través de ellas se asoma la Belleza, que es como la cara de Dios.

Ante esta maravilla me pregunto: ¿Cómo, de cuerpos tan oscuros y materiales cuales son estas montañas, puede desprenderse una belleza tan inmaterial?

Si la belleza de las sierras les perteneciera, las sierras serían mi Dios. Si la belleza que yo veo,

(1) Santa Teresa muere en 1582, y en 1750 su cuerpo, todavía incorrupto, es colocado en una caja de plata.

comprendo y amo en ellas, son creación de mi cerebro, mi yo, mi cerebro, en una palabra, yo sería Dios. Pero ni las sierras ni yo somos Dios — y este hecho no necesita pruebas. — Ni ellas ni yo somos los propietarios de esta belleza que se va cuando el sol se ha ido... ¿Quién es su dueño? ¿Quién la trae y la lleva?

Y las montañas allí transfiguradas me responden: "Bienaventurados los corazones puros, porque ellos ven a Dios."

¿Y quién no ha visto a Dios alguna vez? ¿Quién no ha tenido en algún instante su corazón muy puro? Algunos ni lo recuerdan ya, quizá, pero estén éstos seguros de que allá, en su lejana infancia, tuvieron alguna vez muy cerca, y bajo un velo tenue, aquella Belleza indescriptible, aquella Cara de Dios...

LA BELLEZA

Imaginamos que si viéramos a Dios cara a cara, le comprenderíamos mejor. No. No vemos a Dios cara a cara, pero vemos en todas partes la Belleza, y esta Belleza *visible* a nuestros ojos, ¿no es tan incomprendible como Dios mismo, como el Dios *invisible*?

Ciegos, no podríamos imaginarla, pero una vez abiertos nuestros ojos, ella es el reposo de nuestra vista. Incrédulos, no podemos tampoco sentir a Dios, y una vez abiertos los ojos del espíritu a la fe, encontramos en Dios nuestro reposo y sentimos que nuestras almas fueron hechas para El como los ojos para la luz.

¡Y he ahí a la Belleza que es en sí misma inmaterial, desprendiéndose de las montañas, de los mares, de todas las cosas materiales! Ello es en sí un *hecho* tan extraordinario, que sólo le es comparable ese otro *hecho* de la idea de Dios surgiendo en el espíritu humano!

Es tan extraordinario también que por medio de nuestros ojos materiales percibamos la belleza inmaterial, que ¿qué puede extrañarnos que por medio del alma podamos percibir a Dios?

Al contemplar aquellas bellezas imaginamos no hacerlo por nuestros ojos, sentimos como si esa facultad de *ver* nos viniera de otro sentido mucho más íntimo e intangible de nuestro ser. Es decir, nos parece contemplar esas bellezas visibles, no por medio de los ojos sino por medio del alma misma, que comprende y admira.

Del mismo modo cuando el alma contempla a Dios — y así lo han experimentado los místicos — siéntese a Dios descender al alma, como si El mismo discurren en ella, o más bien dicho como si contempláramos a Dios por medio de Dios mismo.

Porque del mismo modo que sentimos que con sólo nuestros ojos materiales no podríamos admirar la Belleza — que para ello es necesario un alma — comprendemos que nuestra alma, por sí sola, jamás podría concebir la idea de Dios, que para ello es necesario un Dios.

LA IDEA DE DIOS

Hemos visto cómo de dos cosas materiales — de dos trozos de materia — puestas una en frente de otra, los ojos y las montañas, surgen otras dos cosas

impalpables, inmateriales: la Belleza, en la montaña; y en el ser que contempla, el sentimiento de la belleza: la admiración.

("El mundo es un sistema de cosas invisibles visiblemente manifestado", dice la gran palabra de San Pablo. Y ¿qué podría ser esa Belleza, sino una manifestación de Dios, y ese sentimiento de admiración sino una manifestación del alma?)

Veamos ahora cómo en el mundo espiritual e invisible sucede un hecho análogo, más misterioso aún si cabe — como que lo espiritual no se dejará ganar en misterio por lo material—: He aquí el Alma frente lo Desconocido, y surgiendo entre ellos la idea de Dios. O más bien dicho, he aquí a la idea de la Certidumbre, que es Dios, naciendo de dos cosas para nosotros inciertas, o desconocidas: nuestra propia alma, y lo que no es ella.

Hay mayor certidumbre, y a la vez más misterio en la idea que representa un objeto que en el objeto mismo. Así, frente a la Belleza podremos imaginar que Dios es la idea de la Belleza. Pero más justamente diremos que Dios es la idea de Dios. Y que, cuando tenemos una idea justa de Dios, es Dios mismo que se revela a nosotros.

LUMEN DE LUMINE

Dios es para nosotros incomprendible. Pero Dios es necesario para hacernos comprensibles todas las cosas. Y no es necesario que nosotros le comprendamos a El.

No es necesario que sepamos lo que es la luz para que ella nos haga saber lo que son los objetos que ilumina. Ni para que comprendamos que, sin ella, el

mundo *visible* no existiría para nosotros. (Sin la idea de Dios, nunca hubieran podido los hombres concebir un mundo *espiritual*, aunque, después de reconocido ese mundo, pretendan algunos echar a Dios de él).

Dios es, en sí, inexplicable, pero Dios es la explicación de todo.

La idea de Dios, como la luz, lo aclara todo a nuestros ojos. Y sin embargo El, El mismo, se esconde a nuestra vista.

Gracias a la luz puedo definir los objetos que me rodean; sin embargo, a la luz no puedo definirla— no puedo dar una idea de lo que es la luz sino diciendo que hace visibles a mis ojos todas las cosas. (Sé que la física da otras definiciones de la luz... que nos dejan a obscuras.)

Así de Dios lo único que puedo decir es que hace a mi inteligencia todas las cosas definibles y comprensibles, aunque a El, en Sí, no pueda definirle ni comprenderle.

Partiendo de la idea de Dios, todo es definible. Sin Dios, ¿de qué podremos dar definición? ¿Qué es el mundo? ¿Qué es el hombre? ¿Y a quién satisfacen las respuestas materialistas, cuyos términos y concepciones exigirían a su vez una serie de definiciones imposibles?

Desde el momento en que la materia fuera el punto de partida para definirlo todo, la veríamos despojarse de sus apariencias y revestirse de los atributos de Dios. Sería haber dado a Dios un nombre más.

Pero si despojamos a la materia de sus apariencias, ella dejaría de ser, porque el verdadero nombre de la materia es éste: *Apariencia*.

La materia es una apariencia definible por medio de Dios.

Dios es una Realidad que no necesita de apariencias para ser definida. Dios es la única definición de Dios.

¿ES DIOS DEFINIBLE?

A causa de la insuficiencia del lenguaje y la complejidad de las ideas, es casi imposible no incurrir en contradicciones, por lo menos aparentes.

He dicho que Dios es indefinible, porque no podemos definirle en su esencia. Y ahora voy a decir que Dios es lo único verdaderamente definible, lo único que pueda tener una definición que le sea propia y exclusiva.

A Dios podemos concebirle independientemente de todo otro ser o causa.

Según Malebranche, Dios es "el ser sin restricciones", "el solo ser que percibimos en sí mismo" (1).

Dios es lo más incomprendible para nosotros, es cierto, pero es también lo más comprensible, quizá lo único comprensible, lo único que se adapte perfectamente a nuestro pensamiento, sin dejar los huecos que las demás cosas dejan.

¿Y por qué? Porque en Él no hay contradicción. Y una de las condiciones esenciales para que Dios sea Dios, es que no haya en Él contradicción. Una contradicción cualquiera, le limitaría, y limitado, dejaría de ser Dios.

(1) Esta cita está tomada de segunda mano. Confieso que sólo así, en las dosis microscópicas de las citas de otros autores, es que conozco a los filósofos.

Pero ¿quién puede definir a Dios? La definición de Dios es la única posible. Ella existe, pero sólo en Dios. Pidámosle a Él que se defina a sí mismo.

Y él lo hace — en las Sagradas Escrituras — diciéndonos: "Soy el que soy". Y para que no pretendamos encontrar nosotros otra definición, añade: "Nadie sabe mi nombre sino Yo".

Ese nombre divino y escondido, encierra indudablemente la definición de Dios. Pero no ha de consistir tal nombre en el mero sonido de una palabra, sino en su significado infinitamente misterioso, que no podríamos alcanzar.

Porque... ¿sabemos siquiera lo que es la Palabra? Ella está aquí en la tierra reducida a un sentido limitado. Solo la Palabra de Dios puede darnos una definición de Dios. Aquella Palabra que "estaba en el principio en Dios" y por la cual fueron hechas todas las cosas....

LA MATERIA INDEFINIBLE—

Es aún más difícil definir la materia que definir a Dios. Es mucho más *incomprensible* la materia que Dios mismo. La materia es del todo *indefinible* en sí; no podemos definirla sino en su relación con las demás cosas, o con nuestros sentidos. Y no podemos esperar que ella posea su propio secreto, y nos revele algún día su propia definición.

La materia está llena de contradicciones: podemos verla, palparla, pero nuestro pensamiento no puede dar testimonio de ella. La materia es irreducible a pensamiento. El pensamiento no puede materializarse. La materia no tiene en nuestro pensamiento *representación* ninguna.

Esto sería una prueba de que nuestro pensamiento no es producto de la materia, ni sustancia común con ella. Si lo fuera, fácil nos sería sustituir una cosa por la otra.

La materia es apreciable a nuestros sentidos corporales, pero puede decirse que no lo es a nuestro pensamiento. Creemos en ella porque la vemos y palpamos, pero no podemos definirla ni comprenderla. No podemos reducirla a pensamiento puro. No podemos sustituir a la materia por un pensamiento ni por una razón, porque razón y pensamiento son de naturaleza diferente.

En cambio la idea de Dios a quien no vemos, es del todo adaptable a nuestro pensamiento. A Dios podríamos sustituirlo en nuestra mente por una Razón, por un Pensamiento, por una Abstracción. Dios puede ser llamado por cualquiera de estos nombres. El pensamiento *asimila* perfectamente a Dios, y no puede asimilarse a un átomo.

Porque la naturaleza de nuestro pensamiento se asemeja más a Dios que al mundo material. Es decir que nuestro pensamiento está más cerca de Dios que de nuestra pobre materia gris.

Y dice bien Augusto Nicolás: "Por medio del alma estamos más cerca de Dios que de nuestro propio cuerpo".

REPRESENTACION DE DIOS.—

He dicho que Dios es más comprensible para nosotros que la materia.

Hasta parece que no pudiendo crear a un átomo, pudiéramos, en cierto modo, crear a Dios en nuestro pensamiento.

Podemos hacer nacer a Dios en nuestro pensamiento — o sentirlo así — porque nuestro pensamiento es una *representación* de El. Pero a la materia, a pesar de llevarla con nosotros, de palparla y crearla, no podemos crearla en nuestra imaginación, porque nuestra mente no es una representación de la materia.

No podemos, por el solo hecho de pensar o imaginar una cosa material, decir: *existe*, como podemos decir: existe Dios por el solo hecho de haber podido pensarlo.

Representación de Dios, son en nuestro pensamiento las ideas de Absoluto, de Perfección, de Infinito etc.

En cambio, no hay en nuestra mente ideas *representativas* de la materia, ideas que *necesiten* de la materia para ser. Porque las ideas de energía o movimiento, de número o medida, de peso o volumen que la materia nos puede dar son en nuestra imaginación perfectamente *separables* de la materia.

Podríamos, por ejemplo, aplicar a cosas espirituales esas ideas de movimiento, y hasta de peso y de volumen, aunque de un modo misterioso. Mientras que jamás podríamos aplicar a la materia las ideas de Perfección, de Infinito, de Omnipotencia, inseparables de Dios.

Por otra parte en Dios están contenidas todas las ideas de extensión, cantidad, movimiento, etc., que puede darnos la materia. Puesto que si Dios es infinito, en El están las infinitas posibilidades, y la posibilidad de todo lo infinito. El podía, pues, sugerir a nuestra inteligencia las ideas de extensión, de cau-

tividad, de movimiento, *directamente*, y sin necesidad de ningún objeto sensible.

Estando las cosas hechas como están debemos a la materia, es cierto, las ideas de extensión y movimiento, pero una vez en posesión de ellas, podemos, en nuestro pensamiento, *separarlas* de la materia.

Porque si es cierto que no podemos concebir a la materia separadamente de la extensión y el movimiento, podemos, en cambio, pensar en el movimiento y en la extensión separando a estas ideas de todo objeto material.

Pero Dios no podría darnos ideas de El, separables de Sí mismo.

La idea de Dios es *inseparable* de Dios.

LA LUZ ESPECTRAL

Hubo un tiempo en que el espiritismo estuvo de moda. Y como todas las modas, parece que ahora vuelve. Así, reflexionemos también aquí sobre él. ¡Buscar la luz en las sesiones tenebrosas del espiritismo, cuando se tiene delante de los ojos estas magnificas revelaciones del Espíritu, estas bellezas reveladoras de todos los misterios, estos espejos de las almas que son los mares, las tierras, las montañas!

¡Estudiar en las tinieblas y en la confusión cuando tenemos delante de nosotros toda la luz, y dentro de nosotros toda el alma!

En los libros espiritistas encontramos la exaltación más irrisoria de nuestra pobre ignorancia. Nunca me ha parecido más triste y lastimosa la ignorancia humana que tanteando en tales tinieblas para

encontrar la luz. La luz que tenemos probablemente delante de los ojos: — "Tienen ojos y no ven".—

Querer "estudiar el alma humana" como dice un autor espiritista en esos oscuros fenómenos del *ocultismo* — ¡y la palabra es tristemente significativa! — ¿no es lo mismo que si, para tener una idea de la luz del sol, nos encerrásemos en una cueva, y examináramos desde allí algún rayito de ese sol que llegara a la obscuridad, a través de mil espejos y artificios?

No ignoro que por medio de "la luz espectral" suele estudiarse a algunos astros; en las sombras que ellos proyectan y haciendo entrar sus rayos a una cámara especial.

Es así como se estudia su composición química. Pero, ¿quién tendrá una idea más acertada de las proporciones del universo y de su sentido total: el que a ese estudio se concreta, o el que simplemente contempla una noche estrellada?

Así, es posible que los espiritistas lleguen a conclusiones parecidas a las nuestras, pero ¡por qué obscuro camino de esfuerzos penosos y pequeños! ¡por qué estrecho túnel tenebroso! Y sin tener la dicha de contemplar jamás en su conjunto a la Verdad, la cual no llega a ellos sino en míseros fragmentos y a través de las tinieblas. Felices, cuando más, si llegan a conocer algo que sería como la luz espectral del alma. Nunca, por tal camino, conocerán al alma en toda su belleza de astro.

Sí; la soía contemplación de las montañas, las tierras y sus cielos fuera de nosotros, y en nosotros mismos la consideración del sentimiento que la be-

leza nos inspira, sería un modo más fácil y más corto de "estudiar el alma humana". (1).

También nosotros cuando filosofamos, cuando creemos conocer a Dios por medio de la filosofía, le estudiamos en su *lux spectral*. ¡Sólo el que le ama se siente anegado en su infinita Luz!...

Delfina Bunge de Gálvez.

(1) Más puede siquiera un espiritista asegurar que, en las extrañas manifestaciones de los espíritus, «estudia el alma humana»? Flammarion que vivió en continua familiaridad con aquellos «espíritus», los estimó «seres inferiores a los hombres». — Esto es curiosamente sugestivo para los que creemos con la Iglesia que el alma humana — bella y respetable — no ha de prestarse a todos los caprichos de los espiritistas. Que se trata sin duda de seres moralmente inferiores a los hombres... En una palabra, que todo aquello no pasa de ser bromas — más o menos pesadas — de los espíritus infernales.

RIMAS

Yo busco la armonía de los cielos
En las noches tranquilas,
Cuando fúlgidos astros resplandecen
Con claridad divina;

Yo busco la armonía de los vientos
En ramas florecidas;
Música que embalsama con sus notas
De alada poesía;

Yo busco la armonía de los mundos,
Eterna e infinita,
En el fulgor incierto, tembloroso,
De dos claras pupilas...

Y las estrellas diáfanas dijeron
En las noches tranquilas,
Que su rayo es la lágrima que vierten
En la esfera sombría;

Y los vientos dijeron que la queja
Sin voz de un alma herida,
En lánguidos crepúsculos modulan
Las ramas florecidas;

Y los mundos ingentes me dijeron
Que a la esperanza mía,

Responde la mortal indiferencia
De dos claras pupilas...

¡Armonía del cielo, de la tierra,
De dos claras pupilas:-
Que en soledad dejastes a los astros
Que adora el alma mía!

¿Dónde estás, armonía vagabunda,
Dónde, serena y límpida?
¡Oh gran Dios, si yo osara preguntarle
El profundo misterio al alma mía...!

Jorge M. Rohde.

LO INFINITO

Sempre caro mi fu quest'ermo colle...

Siempre me fueron gratas esta yerma
Colina y la maleza que gran parte
Del último horizonte a la mirada
Oculta. Mas me siento y miro: espacios
Desde allí interminables y silencios
Sobrehumanos y calma profundísima,
Lejos de todo aquello en el espíritu
Me forjo; el corazón casi se angustia.
Y como escucho el viento murmurante
Entre las irondas, la infinita calma
A ese rumor voy comparando; y surgen
El tiempo eterno, y muertas estaciones
Y la presente y viva con su eco.
Tras esa inmensidad así se anega
Profundamente el pensamiento mío:
Y naufragar me es dulce en esos mares.

(Leopardi).

EL SEGUNDO ADVENIMIENTO DEL ARTE (1)

POR RALPH ADAMS CRAK

(Conclusión)

En cuanto a la música y el drama hay muy poco que decir en favor de nuestra generación. Aquí ha tomado parte la voluntad popular para determinar la producción, porque este mismo pueblo, dócil para la arquitectura, pintura y escultura, sabe lo que quiere en aquellas dos artes y no aceptaría otra cosa. No le agrada la buena música ni el buen drama y sus ambiciones degeneran a este respecto. En casi todas las grandes ciudades hay cierto grupo que aprecia realmente la buena música y hace posible las orquestas sinfónicas y los conciertos de las filarmónicas; pero es un público reducido y de medios limitados, de manera que el clamor de la parte más numerosa que goza con la opereta y que la hace producir, otorga el premio a este estilo con exclusión general de la música en sí misma. Igual sucede con la música religiosa. ¿Quién es aquel que va a preferir el canto llano o los coros rusos cuando puede tener cuartetos con las cabezas muy juntas lanzando manifiestas armonías, niños de coro en hileras seráficas y compactas, si bien con voces estridentes; y todavía mejor, hombres y mujeres, mu-

chachos y muchachas con sotana y sobrepelliz y cantando todos de acuerdo con el ideal del siglo diecinueve lo que constituye un "arrobador servicio musical" en el estilo más elevado de las catedrales inglesas. Organistas que intentan pasar como virtuosos, con ingeniosos instrumentos demasiado grandes para ellos, obsesados por millonarios sentimentales y maestros de capilla con más ambición que discreción, reúnen en coro a plena voz y atacan el himno bendito a San Ambrosio, a San Gregorio o a la iglesia oriental.

¿El drama? Nunca hemos tenido mucho de eso, propiamente hablando, si se trata de trabajos originales; pero hemos tenido famosos actores, y durante la última mitad de siglo diecinueve nuestro pueblo gozó de buenas piezas, admirablemente caracterizadas. La mayor parte de nosotros podremos recordar el tiempo en que las grandes ciudades tenían muchos teatros atestados de concurrencia en donde se ofrecían representaciones del mejor gusto. Ahora, en los últimos tiempos, todo ha cambiado. El arte genuino, ha pasado, excepto cuando algún maestro de Inglaterra o de Francia viene a darnos en sus postreros años aquellas representaciones "de despedida" que marcan su retirada de la vida activa y el final de una notable era de arte dramático. El gusto del fatigado hombre de negocios es lo que ahora sirve de norma, y la causa directa de todo aquello que se produce; y siempre que su fantasía se eleva un grado sobre la necia y jocosa lascivia es solamente para remontarse al dudoso campo de la patología más pornográfica. Jamás se ha regis-

(1) Revista *Inter American*, No. 5 de Septiembre de 1917, Nueva York.

trado catástrofe más completa, *débañe* más humillante en ningún arte en tan corto periodo de tiempo.

IV

En igual forma podríamos ocuparnos de las otras artes mayores y menores. En las primeras encontramos la misma decadencia de la antigua tradición, el mismo extravío hacia un realismo descriptivo y minucioso, el mismo despliegue de una personalidad absoluta y multiforme en rebelión contra la sencillez y la estética, y por último la insistencia morbosa sobre lo sorprendente, lo nihilista, lo bizarro, lo *outré*, la pasión por hacer que la gente se "quede plantada". Lo mismo sucede en la poesía, que ha naufragado en el verso libre alejándose tanto como el drama mismo de la norma eterna del arte. Todo el elemento artificioso ha desaparecido y la "personalidad", el "temperamento artístico", la "ecuación personal", han surgido como ley suprema, retrocediendo más y más a la informe y gelatinosa consistencia del indistinto plasma o limo original.

Por algún tiempo pareció que el movimiento hacia el "arte y artificio" prometía la rehabilitación de algunos de los principios fundamentales del arte racional. Desconsolados ante el envante espectacular de las artes industriales, ciertos entusiastas intentaron el desesperado movimiento que inflamó alguna vez al gran observador William Morris; pero en pocos años la posibilidad de explotación comercial fué demasiado patente y se abandonó la idea original. "Arte y Artificio" es ahora la denominación de un estilo, no de un método. El produc-

to comercial que lleva este nombre tiene génesis absolutamente mecánica: las grandes tiendas lo han diseminado por todas partes; puede adquirirse por "pedido postal", y con esto se ha cerrado otro capítulo. No del todo, sin embargo: De este enorme fracaso han surgido verdaderos artifices, hombres y mujeres, hermanos de los grandes artifices de los viejos días: Kirchnayer, Koralewski, Mércer, Yellin, Stone, Miss Pérry, Miss Barton y otros que no alcanzo a mencionar. Ellos continúan fieles al elevado ideal, pero existen sólo individualmente, como protesta aislado contra el vulgar curso de las cosas en la actualidad, y demuestran con su actitud el golfo abierto entre el arte antiguo de pública expresión y el nuevo arte de protesta personal.

No creo que ésta sea apreciación injusta de las vicisitudes del arte en los Estados Unidos. Aun cuando no sea halagüeño decirlo, es muy semejante a lo que ha ocurrido en todo el resto del mundo, con excepción de la gran era victoriana en Inglaterra y de los últimos tiempos de la música alemana cuando Wágner y Brahms marcaban el fin de una época notable en la exposición de la música nacional. Es cierto que en Rusia y en Polonia la primera década del siglo vió florecer admirables compositores que fueron los exponentes del espíritu de raza y del ideal nacional; pero sería difícil encontrar en cualquiera parte, por más talento que tuviese el autor, un arte distinto de la expresión personal en lucha contra los hábitos, obras e ideales de la época.

Ni era posible que sucediera de otro modo puesto que cambios análogos y casi idéntica reversión

se habían verificado en la vida, de manera que la última centuria durante la cual estos cambios tuvieron lugar a plena satisfacción asumió una especie de categoría separada de la historia del pasado por una brecha que cortó todas las líneas de sucesión y de continuidad. En esta clase de vida el arte no existe ni puede existir. Sea que veamos la continuación de estas extrañas condiciones y nos adaptemos a una vida en que no existe el arte, o que termine la era, debemos retroceder a los métodos primitivos y, bajo una nueva faz, regenerados, purificados y ocupando el nivel moral que nos corresponde, aguardaremos el nuevo advenimiento del arte que siempre ha desempeñado y desempeñará la parte que le toca cuando la vida transcurre en línea recta y bien coordinada.

Este es el problema que nos ofrece la guerra, y de cuya solución depende el porvenir del mundo. Nadie nos presiona; no se nos fuerza a aprender la lección, ni se nos dicta la respuesta que hemos de dar. Por mi parte, no abrigo la menor duda acerca de esta respuesta. De esta terrible prueba de las almas vendrá una inmensa regeneración y cogiendo entre las manos aquello que hemos llamado civilización moderna lo restringiremos, modelaremos y transformaremos hasta convertirlo en una gran potencia bienhechora. Admito que revolución semejante en la naturaleza esencial de las cosas universalmente aceptadas hace vacilar la imaginación; pero nada de menor magnitud podía resultar del cataclismo que hoy sacude al mundo y lo destruye para que sea posible rehacerlo por completo de nuevo. El tiempo que esta obra necesitará es otro mis-

terio impenetrable. Puede ser una década, puede ser una generación o una centuria, o quizá también el largo período de los quinientos años del obscurantismo, como sucedió en épocas pasadas. Todo depende de nosotros, repito, de nuestra decisión, de nuestra acción, de la visión que conquistemos acerca de los valores supremos, de nuestra habilidad para reconocer nuestras faltas, para confesar nuestra maldad, para hacer propósitos de emmienda por medio de la penitencia que requieren siempre las malas acciones. Como en otro tiempo resuenan estas palabras en la catedral de Reims: "¡Inclina tu arrogante cabeza, Sicambrian; destruye lo que has venerado; venera lo que has destruido!".

Cumplida la gran obra de arrepentimiento y renunciación presenciaremos inmediatamente el lento pero feliz advenimiento de los ideales indispensables en arte. No será ya el artista el rebelde, la voz que clama en el desierto, el simpático espectador de sus propias emociones, el acufiador de su alma en productos que otros puedan desear pagar; después de largos días volverá a su verdadero puesto, será el exponente de lo que otros quisieran decir, pero lo dirá mejor que todos porque a su visión más clara, si bien de igual naturaleza, se agregará el artificio que los demás no llegaron a obtener.

El arte es únicamente, después de todo, una especie de expresión simbólica de las cosas más elevadas por medio de la belleza en todas sus formas, y el impulso para dar forma a esta expresión reside no en el estímulo personal sino en la fuerza compulsora de la comunidad, de la nación, de la

raza. Fidias fué lo que la Hélade hizo de él, no lo que él hizo de sí mismo. Los arquitectos de Santa Sofía no fueron rebeldes sino servidores de un pueblo apasionadamente devoto de lo bello. Los maestros arquitectos de Chartres, Reims y Westminster, los creadores de los poemas arturianos, los escritores de las grandes odas latinas, los fabricantes de los maravillosos vidrios de las catedrales no fueron sino los voceros de su pueblo, heraldos que proclamaban aquello que el mundo quería decir, pero que ellos solos podían expresar en forma comprensible para el mundo.

A esto debemos volver porque nuestros ojos se abren a la realidad y comenzamos a ver las cosas como son. Europa está aprendiendo: Bélgica, a través de su inmortal sacrificio y martirio, muriendo para que otros pudiesen vivir; Francia, por medio de su heroísmo y consagración que la han elevado a un pináculo donde resplandece el rayo de esperanza y gloria para todos los pueblos, todas las naciones, todas las generaciones. Inglaterra aprende, a través de las humillaciones que han caído sobre ella. Alemania aprenderá por medio del castigo y la retribución. ¿Y nosotros? ¿Cuál es la respuesta con respecto de nosotros? ¿Podremos mirar dentro de nuestras almas y decir que hemos aprovechado la lección? Vemos esperanzas y salvación para vencedores y vencidos; pero a menos de que podamos verlas para nosotros mismos, a menos de que hagamos nuestra aquella salvación y aquellas esperanzas, como se nos ofrecen, sin que paguemos por ellas precio alguno, será preciso que la lección se repita para nosotros, y por segunda vez no nos será

ofrecida gratuitamente sino que habremos de pagar el mismo precio y en la misma moneda que los demás están pagando por ella ahora.

Cuando mirábamos el arte como amenidad de la vida; cuando pensábamos que era solamente un lujo agradable que podía producirse por métodos intensos y científicos de educación, y adquirirse por medios comerciales para fines egoístas y de vanagloria, dábamos la medida exacta de nuestros ideales. Si de esta guerra resulta el conocimiento de nuestra locura, y la revelación de todo aquello que es digno de poseerse y digno de luchar por su posesión, nos devuelve a una vida en que el arte crezca natural y dichosamente en vez de hacerlo brotar por violencia y artificio, entonces el precio que se hubiere pagado nunca será demasiado alto porque con ello habremos comprado un nuevo mundo de verdadera y no de ilusoria eficiencia.

El final de un arte que a través de muchas vicisitudes ha acompañado al hombre desde los primeros tiempos de la historia y era, en una palabra, vicioso; en la pintura de necedades terminadas en *ismo*, en la arquitectura y artificios llamados *art nouveau*, en el drama de Broadway y en los cinemas, en la música de Strauss y Schoenberg y en la historia de su vida; vicioso y deliberadamente atrevido cuando disimulaba su incapacidad bajo la capa de superioridad esotérica. Era tiempo de que se destruyera, tiempo también de que aquello que lo hizo posible la moderna civilización que alcanzó su apogeo en la primera década de la vigésima centuria, se destruyera así mismo en la ciega purificación de una guerra universal.

Retrocedamos ahora para poder avanzar cuando el mundo se rehaga después que la terrible reconstrucción se haya realizado. La riqueza y la opulencia, la eficacia y la paz han fracasado como de costumbre para producir condiciones artísticas. No tendremos semejantes inconvenientes en el futuro. Tendremos ocasión de comprobar lo que puede conseguir una pobreza inflexible y pura; pobreza solamente con relación a las cosas materiales, pues que actuando con nueva equidad, sana filosofía, con sentimiento religioso restaurado, aquella pobreza se convertirá en el creador del carácter, en el guardián y director de una vida limpia, austera, jovial y saludable. Todo el arte del pasado brotó de fuentes semejantes, aun cuando alcanzó su punto más elevado después que el impulso primitivo había comenzado a flaquear y la corrupción de costumbres y de la moral había iniciado su obra. Si la guerra cumple con su cometido podemos esperar otra vez, y esperando vemos alborazar nuevos días para el arte.

¿Es necesario acaso ensayar los detalles del arte del porvenir, analizar sus métodos, definir sus ideales? No, indudablemente; sólo necesitamos mirar hacia atrás, a lo que fué el arte en su época grandiosa y aleccionarnos allí; porque en sus enseñanzas, en sus ideales, en su acción, el arte no cambia por grande que sea la diversidad de sus manifestaciones.

Hay tres cambios fundamentales en lo que se ha proclamado como arte personal en el reciente pasado, tan resaltantes, tan visibles que puede aludirse a ellos siquiera con el objeto de eslabonar el arte

del porvenir con el viejo fenecido en los últimos dos años. El arte del futuro será arte de belleza, y la belleza será la misma de siempre desde los escultores egipcios hasta Saint-Gaudens, desde los arquitectos del Partenón hasta Alberti, desde los pintores de la Hélade hasta Burne-Jones, desde Homero hasta Browning, desde el rey David hasta Brahms. Será algo definido, real invariable y no las atrevidas aserciones de la miopía, del astigmatismo y del daltonismo. Ningún cubista, impresionista o fantasista podrá entonces proclamar que la fealdad es belleza porque una sociedad discreta no se lo permitirá. La belleza retrocede porque nacerá de nuevo a la vida y a la mentalidad, y el hombre sabrá reconocerla donde la encuentre.

El arte del futuro será un arte de artificio, de habilidad suprema de parte del artista para realizar sus obras con maestría y primor, como artista y no como charlatán. Todo arte sublime ha encarnado lo mismo: la maestría exquisita de la mano, educada y competente después de ardua labor de perfecta proficiencia, y dirigida por mente sana a impulsos de clara visión. El seudo arte de la época que acaba de terminar estaba compuesto de asunciones especiosas: el cincel del escultor se transmitía al mecánico tallador de piedras o a la ingeniosa maquinaria; el maestro constructor se convertía en el caballero arquitecto con sus oficinas llenas de dibujantes y emisarios de la compañía constructora perfectamente organizada. El poeta que no podía dominar el intrincado método de versificar ni alcanzaba a sentir el ritmo ni a encontrar las rimas, inventó un sistema nuevo y desaliñado que se asemejaba a la poesía solamente en la extensión ar-

bitraria de las líneas; el músico demasiado negligente y demasiado tardo para adaptarse el arte de Bach, Wáagner y Brahm's se refugió en la cacofonía resultado inevitable de su indolencia. Pero el arte es también artificio. No existe el uno sin el otro ya estudiemos el arte que ha vivido o el que ha de vivir. Se ha procurado en balde substituir el sentimiento por la ejecución, y el esfuerzo ha fracasado ostensiblemente.

Finalmente, el nuevo arte será la expresión de lo más noble de una comunidad, un pueblo o una raza, y no la exposición de una personalidad. El artista y su idiosincracia son materia de poca importancia. Cuando una sociedad está organizada sobre bases bienhechoras, cuando existe la conciencia popular, filosofía sana, religión autorizada y universalmente aceptada, y reina el espíritu de equidad en el mundo, entonces la energía espiritual se genera en el hombre expresándose por medio del artifice y del artista. De la anarquía nace el orden, de la guerra la regeneración, del sufrimiento la redención; y la sociedad caótica y centrífuga del siglo diecinueve cederá el puesto a su antítesis, la sociedad que suceda al final de la guerra.

Estas son las tres señales distintivas del nuevo arte que era también el antiguo: Belleza, Artificio, Universalidad; los tres puntos en que nuestro arte ha fracasado más ostensiblemente. Cuando veamos aparecer los primeros síntomas entre los artistas de nuestra época sabremos que la batalla se ha vencido, que el enemigo eterno está derrotado y que se inicia la vía hacia el descubrimiento de un antiguo cielo y hacia la reedificación de una nueva tierra.

ESPINOSA

Benito Espinosa no era determinista. Gracias a la leyenda convencional difundida por los manuales de historia de la filosofía, esta sencilla verdad semeja una paradoja. Es más llano repetir lugares comunes consentidos que recorrer con criterio propio y sin prejuicios las inmortales páginas de la *Ethica*.

Define Espinosa la libertad: *Ea res libera dicitur, quae ex sola suae naturae necessitate existit et a se sola ad agendum determinatur*. De consiguiente la substancia—Deus sive natura—es libre, pues no existe fuera de ella poder que la coarte. El proceso cósmico es la expresión de una actividad espontánea. *Deus ex solis suae naturae legibus et a nemine coactus agit*. Y como la unidad metafísica es el único ser, no existe otro a quien atribuir o negar la libertad. *Sequitur solum Deum esse causam liberam*. Sobre esto no cabe discusión alguna. El juicio humano puede desconocer pero no alterar este hecho. Lo desconoce porque su conocimiento es relativo, aun prescindiendo de la circunstancia, que de los infinitos atributos esenciales sólo sabe de dos. Pero es imperfecto, sobre todo, porque a la unidad fundamental pretende substituir con criterio antropocéntrico una multiplicidad incoherente, contradictoria e inarmónica; se perturba porque tolera la in-

fluencia alógica de los afectos y de los intereses y se extravía porque forja valores ficticios.

Si en lugar de contemplar los hechos del punto de vista humano los contemplamos *sub specie aeternitatis* nos elevamos de lo falaz a lo cierto, de un concepto inadecuado al conocimiento adecuado. Esta es la misión de la filosofía; ella nos dá la libertad psicológica y ética según el principio racionalista: *voluntas et intellectus unum et idem sunt*. Superado el conocimiento sensible por el racional y éste por el intuitivo nos elevamos hasta el fundamento y principio del ser y conciliamos lo relativo con lo absoluto, la necesidad con la libertad. El determinismo es el aspecto humano de las cosas. Conscientes de nuestra unión con Dios nos sentimos libres. Con frecuencia, sin duda, coexisten en los sistemas filosóficos por un extraño paralogismo elementos contradictorios, como les ocurrió a los estoicos, pero Espinosa no incurre en el absurdo de construir una ética sin libertad, si bien la clarividencia de su espíritu le permitió comprender que esta libertad no podía ser sino metafísica. En realidad la afirmación de la libertad es precisamente la razón de toda metafísica. La incoercible necesidad metafísica del espíritu humano no es otra cosa que la aspiración de salvar, dentro del mecanicismo forzoso, la autonomía de la personalidad. Y con qué vigor y entereza la destaca este judío desheredado frente a un mundo hostil—en su obra y en su vida.

Era el oficio de Espinosa construir lentes para corregir, según normas geométricas, la visión deficiente. Su sistema tampoco persigue otro objeto.

En el cuarto libro de la *Ethica* trata de *servitute humana, seu de affectuum viribus*, es decir del im-

perio de los factores que pervienten nuestro juicio y nos determinan. En la parte quinta en cambio habla de *potentia intellectus seu de libertate humana*, es decir del poder que nos emancipa y restituye la conciencia de nuestra libertad.

Nos habla del *homo liber*, que es aquél que ha roto todo vínculo extraño, ha desvanecido el encanto de la apariencia ingenua, en unión mística se siente identificado con lo eterno y realiza la síntesis suprema en el amor intelectual. Tan libre es que no le preocupa la muerte sino tan sólo la vida que es actividad eterna e inextinguible. *Ex his clare intelligimus qua in re nostra salus, seu beatitudo, seu libertas consistit; nempe in constante et aeterno erga Deum amore, sive in amore Dei erga homines. Deinde qu' nostra mentis essentia sola cognitione consistit, cujus principium et fundamentum Deus est, hinc perspicuum nobis fit, quomodo et qua ratione mens nostra secundum essentiam et existentiam ex natura divina sequatur et continuo a Deo pendeat.*

Como había de negar la libertad el hombre que la amó sobre todos los bienes! Ningún halago logró torcer la libre actividad de su genio.

Entre los varios ensayos destinados a interpretar lo absoluto en conceptos humanos, símbolos claudicantes de lo inaccesible, la creación de Espinosa seduce por el rigor lógico, por el análisis penetrante y por la elevación del pensamiento. *Sed omnia praeclara tam difficilia, quam rara sunt.*

Léase la "Ethica".

Personalmente, no soy espinosista.

A. K.

A HORACIO

Todo lo superfluo se va, y rebosa de la memoria como el agua de un vaso lleno. —

HORACIO — "Arte Poética".

Oh, dulce Horacio de latina estirpe:
la fuente griega refrescó tus labios,
y el claro arrullo del cristal sereno
y el fino espejo de su transparencia
dieron a tu alma el encantado temple,
el ritmo esbelto y la marmórea forma.

La blanca curya del excelso mármol
labró, certero, tu cincel de oro,
y el magno templo del divino Arte
cantó la gloria de una nueva estatua.
La augusta mano del cantor de Eneas
brindó a tu frente prematuro núrto,
y el alto Augusto te exornó de gloria
en la áurea sala del palacio magno.

Oh, dulce Horacio de latina sangre:
quiero llegar hasta la hermosa Tivoli
donde al Líbero murmurar oíste,
o hasta Sabina de las musas cara,

donde Epicuro te brindó su vino
y Anacreonte su rosal risueño;
quiero llegar hasta el recinto sacro
en que vibraron las tendidas cuerdas
de tu serena y melodiosa lira,
para alentar este mi pobre espíritu
en esa fresca y juvenil Arcadia,
donde desborda la armoniosa vida
llena de luz y de sencillo halago.
Tú que en el goce de la vida plena
libaste miel en la sensual caricia,
para volcar en el cristal del verso
la dulce esencia del deleite puro,
colma mi espíritu de savia fresca,
sobre mi frente pensativa y grave,
porque en el ala de latina abeja
vienen rúmore de pasados siglos,
que purifican la emoción del alma
en el amor a la belleza antigua.

Hoy, en el siglo de la vana pompa,
no arranca el plectro del moderno aedo
el alto tono de la cuerda olímpica.
Ya no estremece la vibrante vena
el hondo impulso del vivir intenso,
por eso lleva tantas hojas vanas
el recio viento de los rudos siglos...
¡No existe el hombre que burile en bronce
o esculpa en mármol la ferviente idea.

Oh, viejo Horacio de latina estirpe,
del fondo obscuro de la edad pretérita
surja el acento de tu voz preclara

que oriente el alma en la visión divina,
 que diga al hombre la serena ruta,
 que oriente el alma en la visión divina,
 visión que lleva hacia la clara fuente
 en donde brota la armonía eterna.

Héctor Ripa Alberdi.

HOMENAJE A JOSE M. ESTRADA

En el pasado mes de septiembre se llevó a cabo en el Colegio Nacional de Buenos Aires, el homenaje conmemorativo del vigésimo quinto aniversario de la muerte de José Manuel Estrada, organizado por el Centro de Estudiantes de Derecho y por la Dirección de ese establecimiento.

La Facultad de Filosofía y Letras designó para representarla al entonces presidente del Centro de Estudiantes, nuestro compañero, don B. Ventura Pessolano, quien pronunció en aquel acto el discurso que hoy transcribimos, y que fué un digno tributo al ilustre publicista argentino.

Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública:

Señor Rector de la Universidad:

Señoras, señores:

Vengo en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, a decir yo también mi palabra emocionada en el homenaje que el «Centro de Estudiantes de Derecho» realiza a la memoria del ex-rector de este colegio, argentino a quien si no le exaltarán a la inmortalidad los timbres del talento, le pondrán en la gloria misma las virtudes del carácter, bronce el mejor templeado de todas las estatuas.

La vieja casa que me envía, sólo por mérito de juventud — mensajero de su admiración a José Manuel Estrada — sabe que si ante ciertas vidas ilustres no bastara el amor, y no sobrara la ciencia, para comprender el sentido íntimo que tuvieron y la grandeza moral que simbolizan, la sombra del maestro me protegería en la advocación cariñosa de sus manos. Y porque sabe también que jóvenes, eran los romeros del tiempo heroico que, vestidos de blanco y coronados de yedra, iban por los caminos del templo, cogiendo frutos y cortando flores para el ara veneranda, ha querido — por lo que tiene de simbólico y por lo que tiene de sencillo — que en vez del sabio profesor, cuya frase henchida de majestad hubiera hecho más solemnes los votos de la ofrenda, venga el discípulo, anonadado bajo el peso de sus propias emociones, a encender, con mano temblorosa, la lámpara del recuerdo.

Tributo de admiración es el que traigo para José Manuel Estrada; para el niño prodigioso, como el de la leyenda salmantina — ave mañanera de un bosque de lulosas floraciones — sobre cuya frente de lirio, llena de una claridad inusitada, se presenta la frase de los exergos ilustres, y en cuyos ojos profundos, la mano de Dios había escrito el secreto de un destino ineluctable. Tributo de admiración para el adolescente de joyante cabellera, trovero de lejanas rebeldías centenarias, entre cuyos negros rizos, la generación romántica argentina — en pleno ocaso — mira con tristeza el último reflejo de un mundo sentimental que marcha hacia el olvido. Tributo de admiración para el grave tribuno, lleno de juventud y de sabiduría, como el amigo de Hugo. Tributo de admiración para el político de los parlamentos tumultuosos, sereno cual su generoso concepto de la vida y profundo cual la fe que le alentó en sus ridas

jornadas ciudadanas. Para el filósofo de los Libros Santos, estoico como la moral que profesó y practicó, lo mismo en sus mañanas jubilosas que en sus noches desoladas. Para el maestro de la fe apostólica, y para aquel orador maravilloso en cuyo ritmo cabían el vuelo solemne de las águilas y el nervioso temblar de las palomas. Tribuno de estirpe antigua, arrullador y ardoso, de quien Sainte-Beuve hubiera dicho, como de un historiador de la Francia republicana, que pulsa su elocuencia en el mármol de las tribunas populares.

Tributo de admiración es el que traigo para José Manuel Estrada, el hombre fuerte de nuestras recientes tradiciones argentinas, en cuyo corazón, como en el de Cato Mayor, se refugiaron, en sus horas difíciles, todas las virtudes ciudadanas.

Y traigo, sobre todo, una emoción profunda — porque es emoción de amor — para José Manuel Estrada, artista que volcó con manos pródigas el genio de un lirismo inimitable, idealista generoso, símbolo de oro en la evolución del pensamiento argentino, engarzado con acero, luchador admirable de una fe que no desmayó nunca, quizás porque tenía luz de estrellas para encender su fuego y todo el cielo par avivar la llama...

No me toca averiguar, señores, de que escuela filosófica viene ese idealismo — pues en definitiva a las mismas hermosas regiones de la libertad nos llevan Santo Tomás y Kant — para dejarle, enternecido, una flor de mi espíritu. Ignoro si aquella rectificación de 1835 — que algunos llamaron «la crisis espiritual de Estrada» y que él hubiera podido explicar diciendo que era, simplemente, el balance definitivo de su vida, — modifica o no el pensamiento del maestro.

Poco importa conocer la influencia que haya ejercido en sus ideas el movimiento liberal católico del siglo XIX,

ni su parentesco ideológico con determinadas corrientes filosóficas europeas — que de todo ello ya se hará cargo el historiador que contemple esta faz de la cultura nacional. Lo que importa saber es que en nombre de ese idealismo — dignificador de la personalidad humana, como todo idealismo — pudo luchar contra las últimas consecuencias de la política positivista de Alberdi; pudo oponer reparos a la escuela utilitaria de Sarmiento, mal entendida por algunos menguados discípulos; pudo levantarse contra el Estado absolutista de Roca; pudo caracterizar su personalidad con un sello de entereza inconfundible; pudo interpretar con simpatía para las multitudes anónimas y para los héroes modestos, la historia de su patria — al extremo de dejarnos un poema en sus páginas de bronce, ¡que tanto es el amor que puso en ellas!, y pudo, señores, sobre las ruinas de muchas ilusiones de hombre y de argentino, abatido por muchos desencantos, levantarse herido, en pleno corazón, a decirnos con trascendencia de martirio, que la vida es una armonía inmensa y esa armonía inmensa es un infinito amor.

A mi generación le basta saber todo eso para llamarle maestro, — «duce a signore», como en el verso florentino, — y hoy que retoma su filosofía, porque en el cielo de Platón nuevos astros iluminan el mundo; hoy que podemos los argentinos discutir el laicismo de las escuelas — sin incurrir en herejías — y apartarnos del «mercado», sin rebeldeas de reaccionarios; hoy que el materialismo en bancarota naufraga, «con una grandeza sólo comparable a la grandeza de la catástrofe en que se hundes, como dijera un maestro mío, aquí presente (1); mi generación que es idealista, mi generación

(1) Dr. D. Alejandro Korn, decano y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

que cree en Dios y que busca en sus noches desoladas la senda de Belén, mi generación, digo, va con místico recogimiento hasta la tumba de Estrada, a pedir a su memoria el secreto de la virtud, de la fortaleza y del carácter.

Tocó actuar — sabéis, señores, — en aquel Buenos Aires convulsionado aún por las últimas guerras civiles y la no bien cimentada organización nacional. La generación anterior, abatida en la dolorosa jornada que terminó el 60, se aprestaba a construir el país, cumpliendo el testamento de Mayo, pero ya sin fuerzas para la obra de solidificación política, tuvo que abandonar la tarea a la generación siguiente. Sus hombres, educados en la escuela de Comte y del positivismo, habían llegado, con un criterio simplista, digno de toda la escuela, a creer que el secreto de nuestra grandeza colectiva debía buscarse, únicamente, en la solución de los problemas económicos. De aquel afán de progreso material nació el Buenos Aires infatuado, la Gran Aldea, con humos de gran ciudad, a costa de cuya inculta burguesía y caricaturesca democracia ensayaba sus primeros esguinces Lucio Vicente López y sigue aún sonriendo, con su dejo de amargura, Paul Groussac... Es la generación febril que prepara la crisis del 90 sin haber salido aún de las últimas tristezas de la anarquía; la generación que de todos los caminos hizo un camino a Cartago, sin renovar sobre el mar azul de la ruta, el sacrificio que Eneas tributaba a los dioses penates de la lejana Tróya!

En ese Buenos Aires febrilente tocó actuar, y fuera porque en los claustros de San Francisco aprendió, desde temprano, la parábola del ave de los cielos; fuera porque venía al hosco escenario con la intuición de su filosofía y el presentimiento de su moral, lo cierto es que comprendió, desde el primer instante de su vida,

que por encima de todas las cumbres de la felicidad privada o colectiva hay una, solitaria y luminosa, cerca del cielo mismo, hasta la cual no se llega sino por el camino de la belleza. Y él frecuentó ese camino, no con la arrogante soledad de los rebeldes, ni con el despreocupado individualismo de los místicos, ni cantando el desaliento sobre la senda abandonada, ni diciendo aquellas terribles admisiones que oyeron espantados los ríos de Babilonia, sino que ascendió las difíciles laderas, campeón armado, desplegadas sus enseñas, con aquella tozuda voluntad conquistadora del soldado de las Galias, que asombraba a Julio César. Por eso fué luchador, luchador infatigable, a quien la cruz evangélica del pecho no le impedía llevar, a la blanca cabellerisca, plomo y acero bajo el jubón de finísimo brocado.

Y claro que lo vencieron en la liza desigual; tenían que vencerlo, porque los hombres de aquella generación que ya tiene su apología sin tener su historia, habían olvidado, en la frenética conquista del vellocino, de adornarse la frente con el mirto que a manera de símbolo propicio llevaban los marinos del Egeo.

En ese idealismo sin claudicaciones que profesó, en ese gesto, heróico a fuerza de impotencia, con que quiso desviar una corriente en cuyas aguas turbias naufragaron algunas virtudes nacionales, reside la grandeza histórica de José Manuel Estrada. En sus altas fuentes bebió la pasión que trascienden todas sus obras; en su esencia halló la admirable unidad de su vida y la armoniosa serenidad de su espíritu, sin fruiciones frente al placer y sin arrebatos frente al dolor. Esa admirable serenidad, señores, que le permitió como a Salustio, hablar de las miserias de su patria sin sembrar el desaliento, y por la que pudo, un día, marchar a su destierro, no como el poeta latino de los hondos desconsuelos, para

lanzar ayes que aún perturban la grandeza de Augusto, sino como Tito Livio, el historiador de Roma, para perpetuar con su sola presencia, sobre la tierra extranjera, las glorias ciudadanas que cantara en prosa inimitable!

Yo no ignoro que ya se ha criticado su obra de pensador. Al historiador de genio lírico como Michelet y de frase austera como Guizot, se le ha dicho que sólo puso arte en algunos capítulos donde los hombres que siguieron y siguen sus huellas luminosas, comprometieron mucha ciencia; al jurista se le ha insinuado la ya imperfecta concepción de su derecho constitucional — y hasta se hizo una frase amarga para el patrio, para José Manuel Estrada, el argentino que pudo decirse, como Goethe en el severo declinar de su existencia, aquellas palabras llenas de justicia: «he recorrido todos los caminos...; el de la envidia no me ha visto nunca.» Tampoco ignoro que al orador por antonomasia, al orador del verbo irresistible y de la frase gallarda, se le ha limitado con el adjetivo de «católico» — que él hubiera recogido con cabeza reverente — aunque después se lo exaltara hasta la ciecencia de Montalembert, como si este viejo hogar lleno de su espíritu y de su recuerdo, no fuera también un monumento de aquel arte que lo mismo sabía cantar el misticismo luchador de San Ignacio y la noble locura del Manchego, que decir palabras llenas de sabiduría desde su cátedra o pronunciar los anatemas más vibrantes que recuerde el ágora argentina. Y también sé que hasta al artista se ha comenzado a discutirlo; al artista huérfano que hablando del amor materno, con frase enternecida, diríase que lloraba en nombre de todos los niños sin madre y de todos los hogares sin niños...; a José Manuel Estrada, a quien nunca he podido evocar en la noche silenciosa del Buenos Aires de antaño, si no junto a los balcones florecidos, con

aquel su perfil de bardo de Provenza y aquella su larga mirada temblorosa, en la que se diría que una estrella buscaba el infinito...

Pero no me corresponde la defensa, ni habría de hacerla en este sitio, aparte de que aun suponiendo razones a la crítica, quedaría, para resguardo del maestro, la grandeza que fluye de toda su obra. Grandeza que condice, en las lecciones de historia, con la epopeya que narra; grandeza que reconforta con su sereno optimismo, porque puede empezar — según declaración expresa — bajo los dictados del amor, y sobre la sangre de las batallas y sobre la desolación de la tiranía, resolver todos los problemas colectivos argentinos en un problema único de la libertad.

Y podía hacerlo así, José Manuel Estrada, sin odios y sin rencores para nadie, porque le sobraba ánimo a su espíritu para recoger la grandiosa lección aprendida en la escuela del dolor, y le sobraban convicciones a su pensamiento para saber que, por encima de todas las asperezas, de todas las miserias y de todas las incertidumbres, la humanidad, como los astros, corre en el infinito, y que en el infinito, que es Dios mismo, todos los destinos se resuelven en el bien y en la belleza.

Y pudo hacerlo así, digo, José Manuel Estrada, porque hasta cuando su amargura de argentino y su justicia de historiador le exigieron un anatema para los hombres y para las cosas, aun entonces, le quedaban, por encima de esa amargura y por encima de esa justicia, su piedad para el olvido, y su misericordia de cristiano para el perdón.

Señoras, señores:

Hay vidas humanas que el mundo se empeña en separar y que la gloria las une. Tales son para mí, José Manuel Estrada, cuyos manes hemos venido a venerar, y aquel hijo rudo de la montaña, erizado como el cardo de su tierra, a quien no puedo sino evocar cuando se habla de virtudes argentinas, y cuando se busca la expresión que resuma la triple grandeza de su raza, de su patria y de su historia; Domingo Faustino Sarmiento!

Hay entre estas dos vidas tan diversas, una asombrosa semejanza que hubiera tentado a la pluma de Plutarco. A corta distancia uno de otro, enemigos quizás en la refriega, donde la irresistible pasión del fiero montañés, era sistema incommovible en el hermoso ribereño, los dos pasan por el escenario nacional con algo de videntes en el alma.

Hijos de dos hogares patrióticos, de larga tradición sacerdotal el uno, de pura prosapia virreinal el otro, ambos vienen del pueblo, sin embargo, porque en el pueblo cifraron el amor de sus amores. Jóvenes sin juventud los dos — porque el uno la gastó en el claustro sobre los libros que le llenaron de sabiduría, y el otro la perdió por los caminos del infortunio, donde el dolor y la miseria le dieron la escuela que no tuvo, llegan, por tan diversas rutas a una misma cumbre, que nos hace pensar si no traían una misma milagrosa predisposición para la gloria de su patria.

Tribunus ambos, con cualidades tan diferentes, tienen, sin embargo, para nosotros — su posteridad — que no conocimos ni el airado manotón del sanjuanino, ni el elegante gesto del porteño. un mismo fondo y una misma grandeza nacida de una misma inquietud: la educación del pueblo, que al encarnarse como anhelo político en

el alma argentina, es al propio tiempo un mismo pedestal de las dos glorias.

Largo fuera seguir el paralelo y comprobar que por encima de sus distinciones de matices, más impuestas por el tiempo que por sus conceptos de la vida, hay un soplo épico que los aproxima y un rayo luminoso que los une, pero permitidme, señores, que os haga resaltar un hecho: a ambos, después de la consagración definitiva, ha comenzado a discutirseles y a criticárseles, sin mengua, por cierto, de su memoria, como pensadores, como filósofos, como políticos, como publicistas. Sobre ambos, empero, ya hemos llegado a un acuerdo que garantiza el bronce y que lo aprenden nuestros niños para perpetuarlo en el culto de las generaciones venideras: ¡Sarmiento y Estrada son los dos maestros argentinos, por excelencia!

Y esta semejanza que, después de haberles permitido batirse con nobleza en la contienda, los une más allá de la tumba, exornándolos con los resplandores de una misma luz, recibe como una postrera ratificación hasta de las circunstancias en que mueren los dos próceres.

Enfermos y abatidos, en busca del calor que prodigaron en sus vidas dolorosas, ambos fueron al Paraguay de los Xarayes, cuya leyenda de asceñales heroísmos le había narrado el uno, cuando niño, y sobre cuya tierra engrandecida por el martirio, había llorado, por primera vez, el otro...

Y todos sabéis que aquel noble país brindó sus ternuras a los dos peregrinos de la tarde...! y sabéis que el pueblo paraguayo, que aun no bien restañadas sus heridas de Naembé, tuvo lágrimas para la tumba de Sarmiento, a cortos años de distancia, precisamente en el septiembre de sus primeras gemaciones tropicales, vol-

vió — dice la crónica — a desflorar el naranjal de sus riberas para el féretro de Estrada...

Y ocúrreseme, señores, a veinticinco años del triste acontecimiento, que bajo el cielo ardoroso de los trópicos, entre las breñas milenarias perfumadas de azahares, el león solitario de los escudos paraguayos, de frente a aquel ocaso, en cuyo rojo teñiría de sangre la inmensa pupila dilatada, debió haber sentido, en ambas ocasiones, como un ligero temblar en la nuca y como un desgarramiento en el pecho musculoso...

¡Simbólico dolor de la fuerza y la nobleza, por lo que había de león en los dos muertos...!

Notas

Discurso pronunciado en Junio de 1919 en el banquete ofrecido al ex presidente del Centro de Derecho y C. S.

Raimundo Meabe es un hombre de gobierno. Y por eso esta demostración, al lado de su valor como homenaje de amistad, tiene otro significado bien auspicioso para él y para nosotros.

En efecto, la situación política de nuestra patria, los conflictos sociales, y hasta las inquietudes de nuestro mundo universitario, no son sino múltiples aspectos de un mismo problema: faltan hombres de gobierno!

Y es el caso ahora de hacer notar que no tiene la responsabilidad de nuestras angustias políticas, el demasiado noble pueblo argentino, sino los dirigentes de los grandes partidos políticos; ni tienen los obreros la culpa de nuestra mala situación social, sino los legisladores; ni estaba tampoco el mal de nuestra universidad en los estudiantes.

Y es que de todos estos conflictos, a que asistimos, no son tampoco culpables las provincias, sino la capital de la nación. La actual crisis de nuestra patria es el fracaso de Buenos Aires.

Efectivamente, Buenos Aires, a medida que ha crecido, haciéndose el centro económico y cultural de la Re-

pública, se ha ido alejando de todo lo que era esencialmente argentino y es hoy una ciudad europea.

¡Una ciudad europea! durante años esto se ha proclamado con orgullo, pero yo opino — y sé que no estoy solo — que es muy necesario argentinizar a Buenos Aires, trayendo de las provincias nuestra propia vida.

Complace entonces singularmente hallar que entre las nuevas generaciones surgen otra vez los hombres de amplio criterio; y cuando, como en el caso de Raimundo Meabe, además de la tolerancia, y de la comprensión, conservan el amor a su provincia, que es el amor a la tierra argentina, todo lo que es bueno y eficaz, lo podemos esperar de su actuación en la vida nacional.

Raimundo Meabe posee la «ciencia difícil», el conocimiento del corazón humano, el don de gentes, que al valorizar con exactitud a cada individuo, pone a cada uno en el lugar que le corresponde y posibilita así una acción armónica. Distinguió también su criterio ecuanímico y correcto, al dirigir las últimas elecciones del centro, en las cuales en una lucha digna y libre, tuve el gusto de ver triunfar al candidato que yo votaba.

Quedan en el centro de estudiantes de Derecho las huellas del entusiasmo de Meabe. Pero he creído que podía ser honroso, para quien se va como vencedor — porque es imposible separar a Meabe del partido blanco — escuchar la palabra de aplauso de quien se va vencido.

Y es este el último prestigio político que me resta. Bien sé que en la misma [U. U., cuando llego a ser árbol grande que dé sombra y abrigo, se silenciará el recuerdo de quien como un ave de paso, y cuando ella era apenas un arbusto, se detuvo en sus ramas y cantó.

Pero es también la verdad que un homenaje no es completo, si el obsequiado no tiene el aplauso del adversario, y luego a Raimundo Meabe, que no disminuya el valor de mis palabras, poniéndolas a cuenta de la afectuosa amistad que le profeso... sino que me permita para honra suya—haber hablado como última vez como su adversario.

Señoras: En una de nuestras más hermosas plazas existe un monumento que simboliza la aurora. En lo alto se eleva maravillosa una mujer, representando la belleza. Y a sus plantas un labrador, — que simboliza el trabajo—al amparo de la belleza, unge al yugo al hermano buey.

Existe tendida sobre esta Buenos Aires una niebla europea que nos impide ver el sol. Pero en los valles de nuestras montañas andinas, en nuestras infinitas llanuras, y a las márgenes de los grandes ríos, de donde viene Raimundo Meabe, brilla con una desconocida claridad. Y es que la patria también tiene sus crepúsculos y sus auroras.

A imitación de ese labrador, en esta nueva aurora de la patria, con la mirada levantada hacia una visión de belleza, empuñemos, nosotros también, el arado simbólico de los nuevos surecos.

Adolfo Korn Villafaña.

BIBLIOGRAFIA

JORGE M. RONDE: Estudios Literarios, 1 vol. de 272 págs.—Buenos Aires, 1920.

«El amor que puse en la verdad y en la hermosura ha sido muy grande». Estas palabras, con las cuales cierra Ronde su advertencia preliminar, nos han acompañado como «Leitmotiv» durante la lectura de su nuevo libro; pues este sincero y vehemente anhelo por la verdad y la belleza se trasluce a través de todas sus páginas. Lo palpamos en sus bosquejos históricos, como en sus estudios literarios; lo sentimos en sus disertaciones filosóficas, como en sus artículos críticos.

Un «cruzado del ideal», lo persigue con igual ardor por las sendas más diversas del arte y saber humano, pues cual los humanistas del Cinquecento.—Leonardo de Vinci es una de sus figuras favoritas—huye Ronde de la especialización unilateral, característica de nuestra era. Si bien dirige su atención preferente a los estudios estéticos y literarios, se aventura,—y con no menor acierto—también en el campo de la historia y hasta del derecho, demostrando una vez más, como pueden hermanarse la erudición con la belleza.

Como crítico es sereno y justo, nuestro autor, y cuando censura, no hiera, pues tiene como pocos, el don

de la «simpatía social y humana». Solamente dos cosas hay que pueden sacarle de su quicio: Discutir la pureza de un verso suyo y juzgar injustamente a un ser humano. Entonces sale, lanza en nistre, en defensa del «Mal ferido» y su pluma, por lo general tan dulce, no teme desafiar hasta al terrible Groussac que se nos antoja su antítesis personificada. Groussac que más que por sus méritos, por lo demás indiscutibles, se ha creado su fama por ser «malo», a quien place «denigrar lo brillante y arrastrar por el lodo lo sublime», a quien todo el mundo odiaba porque lo teme, «oderint, dum metuant», — ha encontrado en nuestro suave Rhode su marqués de Posa que osa decirle la verdad y las verdades al tirano en una forma, como hace tiempo no las había sentido, por cierto.

Entre nuestra juventud intelectual vislumbramos a Rhode como uno de los astros de primera magnitud, pues une a un hermoso talento otra condición tan indispensable, cuán «raja avis» entre nosotros: Es un trabajador metódico e infatigable.

Puede esperar el novecentismo con confianza hermosas flores y sazonados frutos, si tal sembrador «arroja la semilla del ideal estético», sembrador que «vislumbró una tarde, desde su propio huerto, todos los astros de los ciclos, florecidos en las selvas de su tierra.»

Juan Probst.

Eugenio D'Ors: Grandeza y servidumbre de la inteligencia. — Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. — Madrid, 1919.

En tanto llega el comentario detenido que merece la bellísima conferencia que Eugenio D'Ors, el noble renovador catalán, pronunciara ante los jóvenes intelectuales de Madrid, en «un hogar de inteligencia», — hemos de transcribir la postrera página del sobredicho estudio, cuyo título trae el recuerdo de un gran poeta idealista de Francia, y cuyo contenido, tan lleno de pensamiento en sazón, sobre el espíritu vastos horizontes y le ofrece una forma ideal, que, como la que adoró Alighieri, «entendor nolla puó chi nolla prova». He aquí la página que epiloga el discurso penetrante:

Hacia la nueva servidumbre

Así nos alejamos de vuestro engaño seductor, ligero Protágoras, Abelardo cruento, rubio Rubens, Johnson impertinente, Sainte Beuve mimoso, Filósofo del Colegio de Francia, Sabio dulce de Ginebra... No; la Inteligencia no puede ser una industria libre, que, cuando es libre, ya no es industria, y cuando es industria, no merece el nombre de Inteligencia. ¡Siglo XIX, el fracaso de tu tentativa nos ha humillado y nos ha ennoblecido a la vez! Sabemos que lo ordinario de nosotros no puede emanciparse; pero también sabemos que lo mejor de nosotros no puede venderse. Curvada la espalda por una secular fatiga, pero también unglida la frente con una luz inmortal, marchamos, viva en el alma

la visión de nuestra grandeza, a ofrecer nuestros cuerpos a la más férrea servidumbre. Muden de esposas nuestras muñecas; Lenin, pon tu hierro joven aquí, donde aun es barmieja la marca de las argollas de Cresco; mudarás el hierro; el bronce interior no se romperá...

Dejad empero, por un instante, que, antes de entrar otra vez en el mutismo de pudor y taciturnidad que cubre los secretos terribles, lancemos al aire, de cara al mundo entero, el irrefrenable grito de nuestro orgullo; dejad que también nosotros gustemos un minuto en compañía la amargura noble de hablar de «los sufrimientos poco sabidos y sobrellevados altivamente»; dejad que, entre viejo y nuevo peso de cadena, la mano, rápida, vaya a saludar, cuadrados, nosotros, al capitán, que, desde su libro recio y sombrío, quiere acompañar nuestra definitiva entrada en la esclavitud con un redoble de tambores enlutados.

X.

SUMARIO

El Colegio Novecentista y el conflicto universitario de La Plata.....	<i>Colegio Novecentista</i>
Divagaciones acerca de la idea de Dios.....	<i>Delfina Bunge de Galvez</i>
Rimas	<i>Jorge M. Rodhe</i>
Lo infinito	<i>(Leopardi)</i>
El segundo advenimiento del arte (de la revista <i>Intr. Americana</i>)	<i>Ralph Adams Cram</i>
Espinosa	<i>A. K.</i>
A Horacio	<i>Héctor Ripa Alberdi</i>
Homenaje a José M. Estrada.....	<i>B. Ventura Pessolano</i>
NOTAS: Discurso.....	<i>Adolfo Korn Villafañe</i>
BIBLIOGRAFIA: Estudios Literarios, de Jorge M. Rodhe.—Grandeza y servidumbre de la inteligencia, de Eugenio D'Ors.	

INDICE DEL TOMO TERCERO

(Nos. 7°, 8° x 9°)

	<u>Págs.</u>
Aparicio, Francisco de: El Arte Nacional en 1918..	38
Bibliografía.....	65-199-267
Casares, Tomás D: El Maximalismo. El gran ensayo	41
» Discurso.....	159
Colegio Novecentista: La alianza de la nueva ge- neración.....	5
» : El novecentismo argentino .	115
» : El colegio novecentista y el conflicto Universitario de La Plata.....	209
Cram Adams, Ralph: El segundo advenimiento del arte (de la revista «Inter-America»).....	153-165-236
Galvez, Delfina Bunge de: Divagaciones acerca de la idea de Dios.....	212
Garcla, Dr. Juan Agustín: Discurso.....	22
Genser, Alfredo: Poesías.....	152
Korn, Dr. Alejandro: Discurso.....	25
» : Espinosa.....	247
Kora Villafañe, Adolfo: El maximalismo. Carta..	50
Lapislázuli: La vida síntesis.....	60-169
Malagarriga, Carlos O: El Colegio Novecentista y nuestras estudios jurídicos.....	154
Méndez Calzada, Valentín: Los Martires.....	35
Notas.....	87-171-264
Pessolano, Ventura B: Homenaje a José M. Estrada	253
Redacción. La reforma universitaria.....	20
» : Benjamin Taborga.....	57
Ripa Alberdi, Héctor: Poesías.....	158
» : A Horacio.....	250
Rohde, Jorge M: Discurso.....	32
» : Leonardo De Vinci y Cervantes.	146
» : Rimas.....	233

COLEGIO NOVECENTISTA

Nacido el Colegio Novecentista de las inquietudes espirituales de unos cuantos jóvenes estudiosos, aspira a ser como el punto de convergencia donde venga a dar y a traducirse en obra las aspiraciones de la juventud argentina que siente también inquietud espiritual y hondos deseos de renovación.

El Colegio Novecentista organizará conferencias periódicas y cursos intensivos sobre eteeneia, filosofía, arte, etc., y hará publicaciones periódicas en forma de cuadernos y de libros.

Podrán ser miembros del Colegio Novecentista aquellos que cuenten con la aprobación de los ya existentes y socios, todas las personas que simpaticen con los propósitos del centro mediante el pago de una cuota mínima de \$ 1.00 mensuales. Los socios recibirán gratuitamente las publicaciones del Colegio y podrán asistir a los cursos o conferencias que organice el mismo.

TALLERES GRAFICOS
ARAUJO HNOS.
RIVADAVIA 1731